

IN UNUM

“Padre, que sean uno... para que el mundo crea”

Publicación mensual del

“INSTITUTO SECULAR ORIONINO” AGOSTO 2011

La palabra de Don Orione

(Texto tomado de una vibrante carta a sus religiosos del Brasil, del 12 de diciembre de 1930. Lo podemos encontrar en el libro “Un Profeta de nuestro tiempo” páginas 75 y 76)

...¡No basta mantener las posiciones alcanzadas; hay que seguir avanzando, y seguir, y seguir!
¡Detenerse, es retroceder!

Pasa con la virtud, con la gracia, con la vida espiritual y con las instituciones religiosas:
¡Detenerse, es retroceder!

Hay que actuar: hay que actuar bien; hay que hacer más. ¡Mucho, pero mucho más!

No quiero arrogantes ni soberbios, pero tampoco conejos miedosos..., no quiero gente débil; de mentalidad estrecha y pusilánime, carente de toda iniciativa sana, moderna, necesaria y buena, carente del coraje necesario!

Con la confianza puesta en Dios, –y no en nosotros – ¡adelante con ánimo levantado, con corazón grande y con gran decisión! ¡Dios está con nosotros y nos da su fuerza! ¿A quién temeremos?

¡En la huestes de Dios no hay lugar para el desaliento: somos soldados de Cristo y por tanto, debemos rezar, fijos en Él nuestros ojos, y sin ningún temor; antes bien, nuestra confianza ha de ser superior a nuestras fuerzas: porque Dios está con nosotros!

¡No se preocupen por las dificultades y el poco fruto, y permanezcan unidos en la caridad de Jesucristo!

Su vida estará llena de sufrimientos y espinas... Pero no lo duden: ¡Dios está con ustedes si son humildes y están con Dios! Tomen su carga con fe, con viva fe y confianza en el Señor, pues la carga les viene de Dios y Dios está siempre junto a ustedes.

Que su fervor no sea inestable, inconstante, independiente o insubordinado a la más férrea disciplina, como debe ser la de la vida religiosa; sino celo ferviente, constante, iluminado; celo grande e inflamado, pero prudente en la caridad.

Sin un lúcido espíritu de iniciativa ciertas obras se no se hacen; sobreviene el estancamiento, y su vida ya no sería apostólica sino pura fosilización, ¡o muerte lenta! ¡Adelante, pues!

¡Es cierto que no se puede hacer todo en un solo día, pero no hay que morir encerrados en casa o en la sacristía: fuera de la sacristía!

Nunca hay que perder de vista la Iglesia y la sacristía; más aún, nuestro corazón debe estar siempre allí, donde está la hostia. Pero, con la prudencia debida, hay que lanzarse a otros trabajos, no quedarse sólo en lo que se hace en la Iglesia. ¡Fuera toda pusilanimidad!

Lejos de nosotros toda pusilanimidad detrás de la cual se oculta tal vez la pereza y la estrechez de ánimo. La pusilanimidad es contraria al espíritu de nuestro instituto, que es valiente y magnánimo.



Esperanza del amor eterno

El Evangelio de San Lucas termina así: *“(Después de aparecéseles Jesús y de haberles hablado) “...los llevó hasta las proximidades de Betania y, elevando sus manos, los bendijo. Mientras los bendecía, se separó de ellos y fue llevado al cielo. Los discípulos que se habían postrado delante de Él, volvieron a Jerusalén con gran alegría” (Lc. 24, 50-52).*

Jesús les había prometido que una vez resucitado y ya en la gloria del Padre rogaría por ellos. Era un irse pero sin dejarlos: *“Y cuando me haya ido y les haya preparado un lugar, volveré otra vez para llevarlos conmigo, a fin de que donde yo esté, estén también ustedes” (Jn. 14-3). “No los dejaré huérfanos, volveré a ustedes” (Jn. 14,18). “Me han oído decir: me voy y volveré a ustedes” (Jn. 14,28). No es solamente que nosotros vamos yendo hacia Él. Ni es sólo que Él volverá a nosotros. Actualmente Él realiza para todos nosotros lo que prometió a sus apóstoles: “Yo rogaré al Padre y él le dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes: el Espíritu de la Verdad” (Jn. 14, 16-17). Esta tarea es como su quehacer en el cielo. Pedir por nosotros. Pedir, interceder, defendernos. Esa es la obra que Jesús realiza en su gloria:*

“Tenemos un defensor ante el Padre, Jesucristo, el Justo” (1 Jn. 2,1). “Cristo no entró en un Santuario erigido por manos humanas, sino en el cielo, para presentarse delante de Dios en favor nuestro” (Heb. 9,24).

Esta verdad esperanzadora nos hace comprender que: *Él es el mediador de una Alianza más excelente*” (Heb. 8,6). Su obra salvadora continúa. Él nos sigue salvando.

Santa Teresita del Niño Jesús dijo que pasaría su cielo sembrando rosas sobre la tierra, haciendo el bien a sus hermanos, los hombres. Es el quehacer de los que ya han llegado.

Y María, ascendida a la gloria del Padre para estar con su Hijo, nos hace pensar, y con razón, que Ella es, junto con Jesús, la Madre que también pide e intercede por nosotros en la gloria eterna.

Tenemos un hermano, Jesús, que está junto al Padre. Y tenemos una Madre, María. Sabemos que una madre nunca se acaba. Esa madre que vivió el amor a su Hijo, y que como Él se entregó por amor a los designios del Padre, está a nuestro lado. El que verdaderamente ama espera lo mejor para los que quiere. Y, si puede, les consigue lo mejor. Para una madre que goza de la felicidad plena en la gloria del Padre, lo mejor es que sus hijos lleguen a esa plenitud.

Pensemos en María, tratemos de acercarnos a Ella como hijos. Los hijos, si están lejos, saben que su madre los espera. Y Ella nos atraerá hacia sí.

La intercesión de Jesús, la de María y la de nuestros hermanos, nos deben llenar de alegría y esperanza. Y todo ello debe tener en nosotros una expresión: amar nosotros también como somos amados. Ayudar a nuestros hermanos. Hasta que llegue el día de encontrarnos en la vida definitiva con Jesús y su Madre debemos vivir unidos en amor y esperanza con nuestros hermanos. Y también pedir para ellos su llegada a la casa del Padre.

Los que vieron a Jesús subir al cielo, “*sintieron una gran alegría*”. Sintamos también nosotros esa alegría de saber que está en la gloria eterna, viviendo ese amor eterno que todos soñamos. Los apóstoles “*lo vieron elevarse, y una nube lo ocultó de la vista de ellos. Como permanecían con la mirada puesta en el cielo mientras Jesús subía, se les aparecieron dos hombres vestidos de blanco, que le dijeron: «Hombres de Galilea, ¿por qué siguen mirando al cielo?»*” (Hech. 1, 9-11).

Contemplemos, sí, la gloria de Jesús y de su Madre. Pero no nos quedemos plantados mirando al cielo. Ellos aquí vivieron amando a los demás. Jesús fue el hombre para todos nosotros, y también lo fue María. Continuemos nuestra tarea humana: que es amar a todos los hermanos. Y con ellos, ir hacia Jesús, hacia María y hacia los hermanos que nos han precedido, los que ya llegaron, los que ya están viviendo el amor eterno. Nosotros, los que vivimos con la esperanza de “ese amor eterno”, estemos siempre unidos a los que todavía caminan en esta tierra.

Estemos alegres por la gloria de Jesús y de María. Démosle gracias porque nos ayudan a seguir en este zigzagueante caminar que es nuestra vida, en medio de los gozos, las penas, pero, por sobre todo, en medio de una gran esperanza: que un día estaremos con Ellos en la gloria del Padre.

Unidos a Jesús y a María sabemos que nuestro peregrinar en la tierra es un ir sembrando la semilla del Reino. Y que el Reino es un Reino de amor y de paz, de alegría, justicia y gracia.

Por todo ello, debemos preguntarnos: ¿Estamos agradecidos a Jesús, a la Virgen y a los otros hermanos que en el cielo ruegan por nosotros? ¿Contemplamos el cielo y amamos en la tierra a los que están a nuestro lado?

Ficha N° 6 del Consejo Regional

“EL JUICIO COMO LUGAR DE APRENDIZAJE Y EJERCICIO DE LA ESPERANZA”

1. Leer los puntos 47 y 48 de la Carta Encíclica “Spe Salvi”
2. ¿De qué manera, para nosotros, el Juicio Final es imagen de esperanza, justicia y gracia?
3. “...Nadie vive solo, nadie peca solo, nadie se salva solo...” ¿Qué puedo hacer para que otros se salven y para que surja también para ellos la estrella de la esperanza? (Punto 48)
4. ¿Quién no siente la necesidad de hacer llegar a los propios seres queridos un signo de bondad, de gratitud o también de petición de perdón?
5. Que esta interpelación del Papa Benedicto XVI ilumine nuestra oración por las benditas almas del purgatorio y en especial por nuestras hermanas que ya partieron.
Recordemos especialmente en la oración a todas nuestras hermanas, a las que conocimos y aquellas que no conocimos (en hoja a parte irán los nombres de todas) para que podamos rezar por cada una en particular.

Audacia

Para iluminar un poco más la ficha que nos mandaron de Italia y que, como es costumbre, enviamos en hoja a parte, agregamos el siguiente comentario sobre “la audacia”.

La audacia, ¿cómo podríamos definirla? Audacia es valor, osadía, arrojo, intrepidez, decisión firmeza, temple. Una persona audaz es la que no tiene miedo de hacer cosas nuevas.

La audacia puede considerarse de manera positiva o negativa. En su aspecto positivo, la audacia es una virtud que lleva a una persona al convencimiento de que, pese a las posibilidades y riesgos, puede alcanzar una determinada meta. Con ese fin emprende y realiza acciones que parecen poco prudentes, convencida, a partir de la consideración serena de la realidad con sus posibilidades y con sus riesgos, de que puede alcanzar un bien. Audacia es también decisión y firmeza cuando se enfrentan situaciones riesgosas, inseguras o peligrosas, sin considerar el daño que puede recibir por ello.

En cambio, cuando la audacia es mal utilizada o no reconoce límites, se convierte en algo negativo. En este caso, el sujeto realiza acciones poco prudentes sin ninguna base en la realidad. La audacia es negativa cuando se quiere realizar algo arriesgado, atrevido, temerario o imprudente.

La moderación entre una audacia beneficiosa y una audacia dañina debe estar dada por la razón. Lo mejor es que las decisiones vinculadas al impulso de la audacia sean tomadas después de una reflexión serena y a conciencia. Si una persona se entrena durante dos años para escalar una montaña y decide emprender la travesía tras haber llegado a la cima de otros montes de menor altura y después de hacerse distintos estudios médicos, puede hablarse de un individuo audaz y valiente, pero no imprudente. Diferente sería si dicha persona se despierta un día y decide convertirse en montañista sin ningún tipo de preparación ni experiencia.

La audacia bien entendida, en definitiva, está vinculada a la fortaleza del espíritu y la fuerza de voluntad. La mala utilización de dicha virtud es, la osadía, por la cual realiza acciones poco prudentes pero no a partir de la realidad y ni mucho menos son para conseguir un bien, sino que sólo se hacen para alimentar un egoísmo.

Por tanto, la audacia debe ser moderada por la razón. Entonces se convierte en la hermana menor de la fortaleza. La acción rápida que conlleva la audacia es recomendable después de la reflexión previa, que es un acto de la conciencia.

La verdadera virtud de la audacia no es la imprudencia, ni osadía irreflexiva, ni simple atrevimiento. La audacia es fortaleza, virtud imprescindible para la vida del alma.

La lucha denodada dará a tu espíritu fortaleza, el andar con esfuerzo continuado hará de ti un héroe, camina siempre con la debida audacia acompañada del necesario discernimiento.



Aprender a oír

Frente a la Iglesia “Pax Christi! (de Essen, del Ruhr), en la gran explanada que existe delante del templo hay una imagen impresionante. Es una escultura de bronce de tamaño mayor que la de un hombre normal. Es “el hombre que escucha” (Der Hórende), con su rostro levantado hacia lo alto, y sus dos manos formando una pantalla detrás de sus orejas, formando el conjunto una gigantesca bocina, que simboliza una inmensa oreja. Los ojos bien abiertos miran hacia lo alto. Esperan una respuesta, un llamado...

Este hombre es “todo oídos”, y “todo ojos”. A quien entra al templo parece decirle: ¡No te escuches a ti mismo! ¡Escúchalo a Dios...! Esa es la actitud con que tenemos que aprender a orar en la liturgia, cuando visitamos la iglesia en nuestra vida diaria.

Muchos de nosotros nos quejamos de que Dios permanezca silencioso, y no nos hable... y sin embargo, siempre nos habla.

No conocemos a Dios, porque muy pocas veces lo escuchamos. Escuchar es “prestar atención”; es “tratar de entender lo que el otro nos dice”; es “ponernos en su lugar”; es no querer abrumar a Dios con una catarata de palabras.

Entre los consejos que Jesús dio para orar está: “*Cuando oren, no hablen mucho, como hacen los paganos: ellos creen que por mucho hablar serán escuchados. No hagan como ellos, porque el Padre que está en el cielo sabe bien qué es lo que les hace falta, antes de que se lo pidan*” (Mt. 6,7-8).

Escuchar, antes de hablar. Ese consejo que antiguamente daban las madres a sus hijos, lo tenemos que ejercitar si pretendemos aprender a orar. Hay que escuchar antes que hablar. Hay que dejar de lado esa lista interminable de peticiones, y de preocupaciones que todos tenemos en este tiempo, y simplemente escuchar con atención.

Si la oración es “levantar nuestra alma a Dios”, aún sin hablar podremos hacer oración. La misma acción de escuchar a Dios, puede ser oración. Tenemos que detenernos en “el silencio de Dios”, del que el salmo nos advierte: “mi silencio te hablará”.

Tenemos que atender, además, a lo que dice la conciencia delante de Dios Padre, de Dios Hijo, y de Dios Espíritu Santo. En la oración oficial de la Iglesia, tenemos que atender el sentido de las palabras. Hay gente que pronuncia palabras “sin sentido”: se quedan con el sonido y se olvidan del significado. Así se reza, así se canta, y algunos hasta hablan sin escucharse a sí mismos, ni escuchar a los demás. Hablan de memoria, hablan sin pensar.

La rutina es la que nos hace pronunciar palabras sin contenido. Palabras que están vacías, porque no significan nada en nuestro interior. Algunas veces, ¿no nos hemos sorprendido recitando una oración en donde no se dice absolutamente nada? Hemos estado distraídos y sólo hemos repetido palabras, pero palabras sin significado, que no están dirigidas a nadie porque nuestra mente está totalmente en otra cosa.

Allí estamos funcionando como una repetidora de discos que toca cualquier música sin escucharse a sí misma. Eso nos pasa también cuando cantamos, en que nos preocupamos del sonido, del acorde, de la melodía y no reparamos en absoluto en la letra.

Suele pasar también cuando el sacerdote recita las oraciones comunitarias de la Misa. Hay gente que levanta la voz y dice “Amén”, pero ¿dice algo? Las oraciones están en plural, o sea que la Iglesia espera que nos unamos a ellas, entendiéndolas y respaldándolas. “Nosotros te pedimos” –recita el sacerdote – “Te damos gracias...”, y luego recita la petición que toda la comunidad debería respaldar con su amor a Dios.

Al fin termina: “por nuestro Señor Jesucristo...” o “Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor”. ¿Por qué esa reiteración? Simplemente porque en todas nuestras oraciones recordemos los méritos de Cristo, nuestro Redentor, que es **nuestro mediador**, nuestro puente fundamental, entre nosotros y el Padre. Jesucristo es nuestro único **mediador**. Además nos respaldamos en sus méritos, en su muerte en la cruz, pero ¿tenemos conciencia de ello?

Por último, hay tres interlocutores en la oración Litúrgica: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. En la liturgia nunca se dice que oramos a Dios, a secas, sino a alguna de las personas de la Santísima Trinidad. Debemos individualizar a nuestro interlocutor.

Pero no se trata de que sólo nombremos a las tres Personas divinas bajo cuya protección y poder hemos sido bautizados. Se trata de que los conozcamos y los individualicemos en nuestra vida, que le dirijamos a cada uno nuestros pedidos, que oigamos sus voces y que los conozcamos vital y personalmente.

Ese conocimiento íntimo de Dios, es al que se refería el santo Job cuando después de discutir con sus amigos, se anima a dialogar con Dios, y al fin se retracta y abandona la terquedad: “*Yo te conocía sólo de oídas, más ahora te han visto mis ojos. Por eso me retracto de mis palabras, y me arrepiento en el polvo y la ceniza*” (Job 42, 5-6).

Dios, decía Juan Pablo II, es una familia, y al brindarnos Jesús esa revelación, quiere que la utilicemos en nuestra vida espiritual. ¿La oración es un diálogo? Pues bien, ese diálogo tiene que aparecer en nuestro trato con las tres Personas que son un solo Dios verdadero.

El Gloria y el Credo que heredamos de los primeros tiempos de la Iglesia, nos lo recuerdan puntualmente: hay un solo Dios, pero tres personas distintas.

Hay tres hermanos que, según los amigos, tienen la misma voz y muchos, cuando hablan por teléfono los confunden. Pero la madre dice que son distintos: uno tiene la voz más ronca, el otro la voz más cálida y el tercero, es más sentencioso cuando habla. Ella ha conseguido distinguirlos porque convive con ellos, porque los conoce, porque los quiere... Algo semejante tiene que ocurrir con nosotros y la Trinidad. Hay que amar para distinguir esas tres voces.

Jesús quiere que formemos **una unidad como la de la Trinidad**: “*Padre santo, cuida en tu Nombre a aquellos que me diste, para que sean uno, como nosotros*” (Jn. 17, 11). “*Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros...*” (Jn. 17,21). Fuimos bautizados en el nombre de las Tres Personas, y Jesús quiere que esto persevere en nuestra memoria. La piedad católica inventó la cruz en que recordamos que fuimos redimidos, y “seguimos siendo redimidos” por la muerte de Cristo en la cruz. Hagamos esa señal con fervor, con respeto, con conciencia de lo que estamos haciendo. ¡Nos recuerda nuestro bautismo y a la Santísima Trinidad!

En el Antiguo Testamento hay sugerencias y enseñanzas de cómo Dios se manifiesta. En el libro primero de Samuel, Yahvé llamó por tres veces a Samuel y éste se levantó pensando que era Elí el que lo había llamado. Al tercer llamado, Elí le enseñó: “Di a la voz: habla que tu siervo escucha...” Y cuando

repitió esas palabras, la voz habló (1 Sam. 3, 4-14). Los textos de la Escritura siempre nos interrogan, pero hay que estar muy atentos a sus preguntas y a ver quien nos habla.

Hay que aprender a reconocer a Dios y su paso por nosotros. Elías, temeroso y emocionado, huye de los que lo persiguen y se refugia en la cueva de Horeb (1 Rey. 19,9-13). Pero Dios le dijo: “*Sal y quédate de pie en la montaña delante del Señor*”. Y en ese momento el Señor pasaba”. Hubo un viento huracanado, un temblor, hubo fuego, pero el Señor no estaba en ninguna de esas cosas, sí pasaba en la brisa suave. Al oírlo, Elías se cubrió el rostro con su manto y salió de la cueva, había reconocido el paso del Señor. Que siempre podamos reconocer la voz de Dios en su Providencia y en su paso por nosotros...

Una brisa suave. Un paso sin espectacularidades ni violencias. A Dios lo podemos reconocer por la paz que deja en nuestra alma a su paso. “*Mi Paz les dejo, mi Paz les doy*”. No la paz del mundo, sino mi Paz.

Oír a Dios parecería ser más beneficioso para nosotros que mirarlo o tocarlo. Tal vez porque la fe entra por el oído. Pero para eso tenemos que aprender a escucharlo.

¿Oímos a Dios en nuestra oración? ¿Cuándo y de qué manera? ¿Qué efecto deja en nuestra alma su paso?



Oración

El emperador Akbar salió un día al bosque a cazar. Cuando llegó la hora de la oración de la tarde, desmontó su caballo, tendió su estera en el suelo y se arrodilló para orar, tal como hacen en todas partes los devotos musulmanes.

Pero, en aquel preciso momento, una campesina, inquieta por la desaparición de su marido, que había salido de casa aquella mañana y no había regresado, pasó por allí como una exhalación, sin reparar en la presencia del arrodillado emperador, y tropezó con él, rodando por el suelo; pero se levantó y, sin pedir ningún tipo de disculpas, siguió corriendo hacia el interior del bosque.

Akbar se sintió irritado por aquella interrupción, pero, como era un buen musulmán, observó la regla de no hablar con nadie durante la oración.

Más tarde, justamente cuando él acababa su oración, volvió a pasar por allí la mujer, esta vez alegre y acompañada de su marido, al que había conseguido encontrar. Al ver al emperador y a su séquito, ella se sorprendió y se llenó de miedo. Entonces Akbar dio rienda suelta a su enojo contra ella y le gritó:

–¡Explícame ahora mismo tu irrespetuoso comportamiento si no quieres que te castigue!

Entonces la mujer perdió de pronto el miedo, miró fijamente a los ojos al emperador y le dijo:

–Majestad, iba tan absorta pensando en mi marido que no lo vi, ni siquiera cuando, como usted me dice, me lo llevé por delante. Ahora bien, dado que usted estaba en plena oración, debía estar absorto en Alguien infinitamente más valioso que mi marido. ¿Cómo es que su Majestad pudo reparar en mí?

El emperador, avergonzado, no supo qué decir. Más tarde confiaría a sus amigos que una simple campesina, no un experto ni un “mullah”, le había enseñado lo que significa la oración.



Para pensarlo

Muchos creen que para ser sabios hay que saber muchas cosas. Los que conocen muchas cosas son almacenadores, acumuladores de conocimientos. Para ser sabio sólo hay que saber una cosa. O si prefieres unas pocas cosas: sólo hay que saber cuál es el sentido de la vida, de tu vida.

¿Por qué vives? ¿Para qué vives? ¿Qué significa para ti la vida? ¿Dónde encuentras y en qué consiste tu felicidad verdadera, tu felicidad profunda? La acumulación de conocimientos no te hará sabio, como tampoco te hará feliz la acumulación de placeres.

La sabiduría es más que la suma de conocimientos y la felicidad es más que la suma de placeres. Sé consciente y vive con amor.



Intenciones del Papa para Agosto

GENERAL: Para que la **Jornada Mundial de la Juventud** que se realiza en Madrid aliente a todos los jóvenes del mundo a fundar y arraigar su vida en Cristo.

MISIONERA: Para que los **cristianos de Occidente**, dóciles a la acción del Espíritu Santo, reencuentren la frescura y el entusiasmo de su fe.

CONFERENCIA EPISCOPAL ARGENTINA: Por las vocaciones al matrimonio, al sacerdocio y a la vida consagrada y por una santa perseverancia en **los estados de vida cristiana.**


¡Sonría, por favor!

Un hombre fue llevado de emergencia a un hospital administrado por monjas, donde lo operaron del corazón. Después de la operación, el hombre despertó y la monjita que estaba a su lado le dijo: –Señor Pérez, la operación fue un éxito. Sin embargo, necesitamos saber cómo piensa pagar la cuenta del hospital. ¿Tiene usted seguro de gastos médicos? –No –respondió. –¿Puede pagar en efectivo? –replicó ella. –Me temo que no, hermana. –Entonces, ¿tiene usted parientes cercanos a quienes podamos enviar la cuenta? –Sólo tengo una hermana, pero es monja solterona sin un centavo. –Disculpe que lo corrija. Las monjas no son solteronas; estamos casadas con Dios. –¡Magnífico! Entonces envíele la cuenta a mi cuñado.

Y así nació el dicho: "QUE DIOS TE LO PAGUE".

